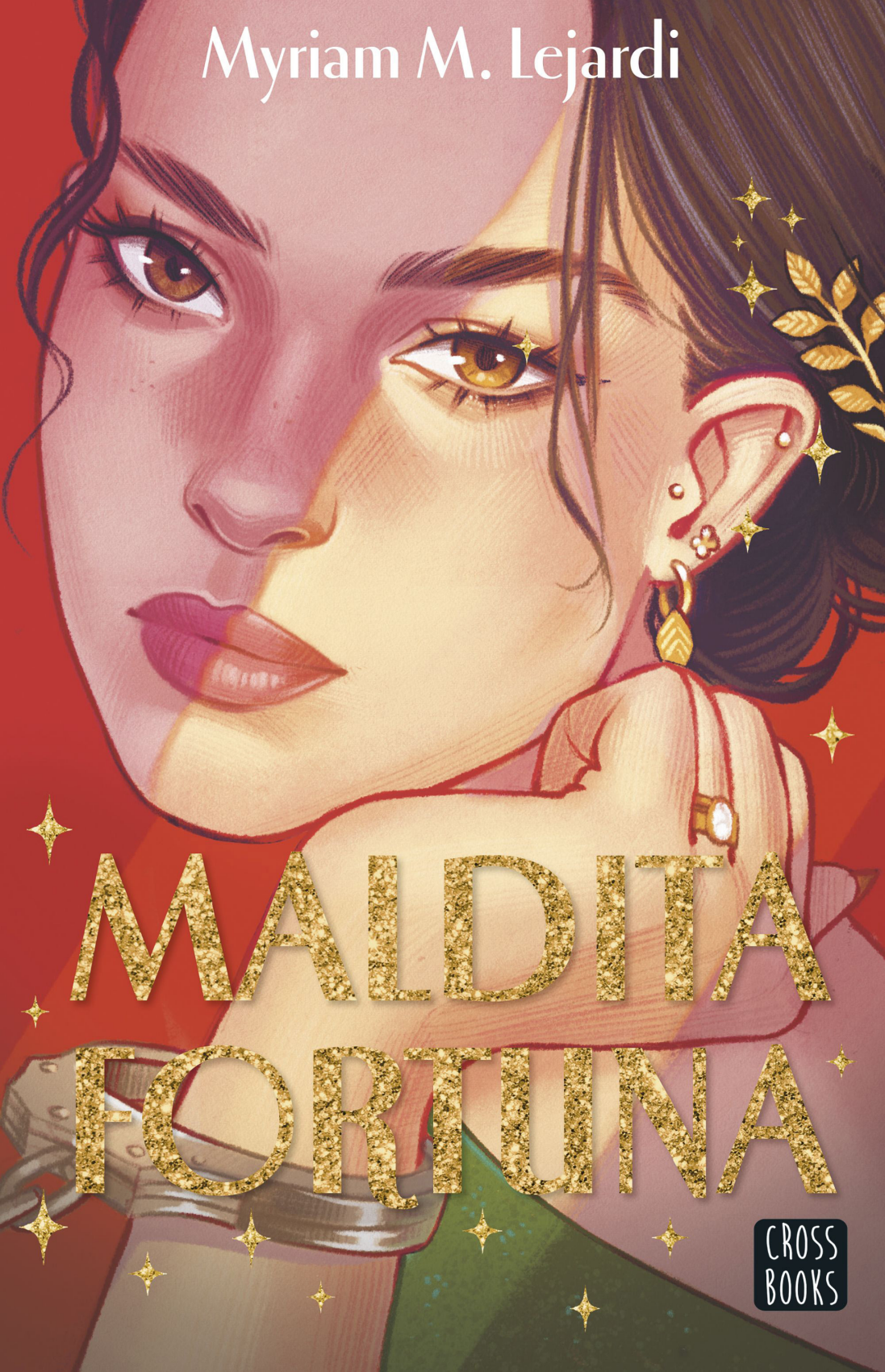


A close-up, stylized illustration of a woman's face. She has dark hair, brown eyes, and pink lips. She is wearing a gold earring with a leaf design and a gold watch on her wrist. The background is a vibrant red. The title 'MALDITA FORTUNA' is written in large, gold, glittery letters across the bottom. The author's name 'Myriam M. Lejardi' is at the top. The publisher's logo 'CROSS BOOKS' is in the bottom right corner. There are several gold stars scattered throughout the image.

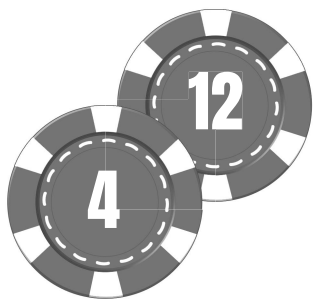
Myriam M. Lejardi

MALDITA FORTUNA

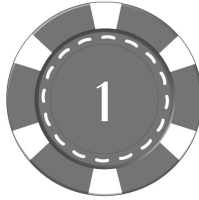
CROSS
BOOKS

Myriam M. Lejardi

MALDITA FORTUNA



CROSS
BOOKS



Viernes, 13 de marzo de 2026, 22:00

La historia que estoy a punto de contarte comienza un viernes 13. En esa fecha tan asociada a la mala suerte sucedieron dos cosas, una consecuencia de la otra: el O Fortuna abrió sus puertas y yo empecé a vivir.

Mi corazón había latido durante veinticuatro años, enténdeme, pero no es lo mismo existir que ser. Savannah Price existía porque estaba presente, todo el mundo podía verla aunque nadie supiera quién o qué era. Sav, sin embargo... Sav es lo que soy.

No son la misma mujer, por mucho que la segunda lleve más de una década oculta dentro de la primera. Savannah Price tuvo que tragarse a Sav a los doce años para sobrevivir. La escondió en un rincón alejado y oscuro para no escucharla cuando pateara y gritara, algo que sucedía cada vez que ella hacía cierto tipo de concesiones en un intento de cambiar su suerte.

Conforme avance el relato te darás cuenta del protagonismo que adquiere la suerte. La buena y la mala. Y aunque cruzarme con Fox implicó mucho de una de ellas, me niego a atribuirle el mérito de mi transformación.

Él solo fue el detonante.

Fue otras muchas cosas. Contraste, por ejemplo. Dos extremos que nunca se tocan, como el blanco y el negro, la cara y la cruz. Y también opuestos que se superponen, como deseo e ira, amor y odio.

Fox era una carcajada que restalla como un disparo y planes en forma de matrioska. Era la maraña de nervios que se acumula en la boca del estómago durante una cuenta atrás. La anticipación que sientes cuando quedan pocos segundos para que acabe el año y estás a la espera de recibir un beso, y también cuando el temporizador de una bomba advierte que en menos de un minuto todo estallará por los aires.

Pero esta es mi historia, no la suya, y, como decía, comienza cuando se inaugura el O Fortuna.

No era el casino más grande de Las Vegas, pero sí el más exclusivo. Tiffany Whitmore, su dueña, pretendía que fuera un punto de encuentro en el que hacer negocios con viejos y nuevos socios. Estos tendrían acceso a las mesas de juego, así como a salas de apuestas deportivas o de inversión, pero la finalidad del edificio nunca fue ganar dinero de esa manera. De eso Tiffany tenía de sobra. Lo que ella buscaba era poder.

Por este motivo, al O Fortuna solo se podría acceder con invitación y a la inauguración acudimos las cien personas de las que Tiffany tenía más ganas de rodearse. Había grandes fortunas, como mi mejor amiga y su madre, altos cargos políticos y empresarios de renombre. También familia. Trenton Lee, mi prometido y a quien mi padre estaba formando para ser el futuro CEO de PriceShield, era el sobrino y único heredero de la dueña.

El edificio era espectacular. Lo había visitado en enero, cuando las obras estaban a punto de finalizar. Pese a ello, volvió a sobrecogerme. Tenía cinco plantas de altura, aunque al principio pensara que eran cuatro, y forma de «O».

Daba la impresión de estar hecho de oro. No era el caso, por supuesto, pero el metal cobrizo todavía no se había expuesto lo suficiente al sol y a la arena y refulgía a la luz de los focos igual que una alianza de bodas recién comprada. El ascensor exterior era un tubo de cristal que conducía desde la entrada hasta el penúltimo piso y atravesaba el edificio por el hueco interior. Sumado a las dos pasarelas que conectaban cada extremo de las plantas tres y cuatro, su diseño se asemejaba a una «F».

Llevaba más de quince minutos esperando frente a la escalinata que conducía a las puertas dobles de entrada. A excepción de unos gemelos que comentaban el diseño arquitectónico, no quedábamos más invitados fuera. Hasta la prensa se había marchado.

Hastiada, saqué el teléfono del bolso de mano y llamé a mi padre. Descolgó al noveno tono, justo antes de que saltara el contestador.

—Savannah. Dime.

La inflexión de su voz era seca y apremiante, nada fuera de lo habitual.

—¿Te queda mucho para llegar al casino?

—Sigo en la oficina solucionando unos temas, llegaré más tarde.

—¿En la de Beverly Hills? —me extrañé.

—No, en la de Summerlin.

Me tragué la molestia que me provocaba que no se hubiera dignado a avisarme y pregunté:

—De acuerdo, ¿estás con Trenton?

—No, él...

De fondo escuché una puerta abrirse y a una mujer ronroneando su nombre de pila. La reconocí como su secretaria por todas las veces que me había cogido el teléfono cuando llamaba al despacho de Nevada. Brooke tenía un año menos que

yo, cuarenta menos que mi padre y el estómago suficiente como para acostarse con él a cambio de una falsa estabilidad.

La compadecía, al igual que a las anteriores. Más tarde o más temprano, y con independencia de lo que hicieran o le ofrecieran, acababan siendo desechadas.

Tú lo sabes mejor que nadie.

—Trenton salió hace dos horas para ocuparse de un problema que ha surgido con la filial de los Ackermann —prosiguió—. No sé cuánto tardará en llegar, ¿por qué no lo esperas con tu amiga?

Lo que me revolvió el estómago no fue la condescendencia, sino ese apellido. Me mordí el labio inferior con fuerza para distraerme con el dolor.

—Sube a la planta vip y quédate en cualquiera de las salas —siguió diciendo mi padre—. Hace falta una acreditación para acceder al cuarto piso, quizá tengas que pedirle a Vince Rourke que te lleve. Debe de estar en recepción.

Colgó sin despedirse.

Guardé el teléfono y me dirigí hacia la entrada del edificio. Estaba franqueada por dos guardias de seguridad. Aunque llevaban el uniforme de PriceShield, no me sonaban de nada. Tampoco me sorprendió porque la empresa de mi padre tenía más de un millar de empleados. Si hubieran sido menos, tal vez me habría percatado de que esos hombres no formaban parte de la plantilla.

Cargaban con un iPad cada uno en el que comprobaban la lista de invitados y a saber qué más. Después de darles mi nombre, se miraron durante unos segundos y asintieron casi a la vez.

—Bienvenida, señorita Price. Dispone de una habitación en el hotel y acceso a la planta vip, donde podrá disfrutar de una experiencia exclusiva —soltó de carrerilla el de la derecha.

—¿Cuál es mi habitación?

—La *suite* Royal. Es la 302, está justo al lado de la Whitmore Penthouse.

Conseguí mantener la compostura a duras penas.

—Perfecto.

—Le darán la llave nada más entrar en el vestíbulo, en el mostrador de la derecha. Ahí también podrá comprar fichas. Hay varias zonas de juego en la primera planta. También en la cuarta. La segunda está reservada para los espectáculos y las apuestas deportivas, mientras que en la tercera se encuentran el *spa* y el hotel.

Asentí y me despedí con educación.

El interior del casino era incluso más ostentoso que el exterior. De los altos techos colgaban lámparas de araña gigantes cuyas luces arrancaban brillos dorados de la decoración. Las paredes estaban forradas en madera y repletas de cuadros de todos los tamaños. También había multitud de esculturas de mármol. La más grande medía más de tres metros y estaba dentro de una fuente situada en el centro exacto del vestíbulo. Representaba a la diosa Fortuna.

En el pedestal sobre el que estaba subida había grabada una inscripción:

*O Fortuna, velut luna statu variabilis, semper crescis aut
decrescis;
vita detestabilis nunc obdurat et tunc curat ludo mentis aciem,
egestatem, potestatem dissolvit ut glaciem.*

En mi anterior visita Trenton me explicó sin ninguna necesidad que pertenecía a un poema del siglo XIII. Acto seguido, tradujo en voz alta el texto con ayuda de su móvil. En lugar de corregirlo porque, a diferencia de él, dominaba el latín desde los diecisiete, le dije a través de una sonrisa: «Qué interesante, gracias por contármelo».

Al acercarme a la fuente pude comprobar que ya había algunas monedas en el interior. Como no tenía dinero en efectivo, me quité el anillo más pequeño, el que llevaba en la segunda falange del dedo meñique de la mano izquierda, y lo arrojé al agua. Era mi favorito.

Los deseos se dividen en sueños egoístas y en peticiones de auxilio. Mezclé ambos con mi saliva, miré en derredor para comprobar que no había nadie cerca y susurré:

—Haz que muera.

CÁMARA DE SEGURIDAD DEL O FORTUNA

Planta 1, vestíbulo

13/03/2026

22:12:37

El personal del O Fortuna vestía de la misma forma. Sin excepciones. No importaba que estuvieran sirviendo cócteles, luchando contra el polvo o barajando cartas. Todos llevaban unos pantalones de traje del mismo tono de negro que la corbata, el chaleco y el sombrero, y una camisa burdeos de manga larga.

Un hombre con ese atuendo permanecía con la espalda apoyada en una pared. Tenía las manos metidas en los bolsillos y la vista fija en Savannah Price mientras lanzaba su ofrenda a la fuente. Aunque el ala del sombrero le cubría los rasgos casi por completo, una de las cámaras fue capaz de captar el extremo de su sonrisa. Era puntiaguda, como el colmillo de un depredador.

Cuando Savannah se acercó al jefe de seguridad del casino, situado tras un pequeño mostrador a la derecha de la entrada, el hombre que la observaba recogió la mochila que había a sus pies. Era grande, negra y de corte militar. Como sus botas.

El resto del personal del O Fortuna utilizaba mocasines.

No era la única disonancia entre el hombre misterioso y sus compañeros. Los pantalones eran una talla más grande de lo necesario y se doblaban de forma extraña en algunas partes, como si llevara otros debajo. Sucedió lo mismo con los pliegues que marcaba la camisa a la altura de los hombros.

Sin contar con que la política de la empresa impedía contratar a alguien que tuviera tatuajes y por su nuca asomaban varias líneas de tinta.

A pesar de que cualquiera que se fijara lo suficiente habría podido darse cuenta de que algo no encajaba, el hombre misterioso estaba tranquilo. Nadie le prestaba la menor atención ni a él, que todavía no había comenzado su turno, ni al resto de los trabajadores. Los invitados solo miraban al personal durante el tiempo que tardaban en dar una orden, y en ocasiones ni eso, así que eran prácticamente invisibles.

El hombre sacó una moneda del bolsillo y la dejó caer al suelo cuando llegó a la altura de la fuente. Al agacharse para recogerla, aprovechó para meter con disimulo la mano izquierda en el agua y sacar el anillo que Savannah había lanzado. Volvió a guardar la moneda junto a su nueva posesión y fue hacia el ascensor.

Esperó frente a las puertas sin pulsar el botón hasta que Savannah y el jefe de seguridad se acercaron lo suficiente. Subió junto a ellos y se colocó al fondo, donde agachó la cabeza para ocultar todavía más sus rasgos.

Antes de que se cerraran las puertas, sacó el móvil y escribió un mensaje:

Fox:

Estoy dentro. Las mochilas están en la Whitmore Penthouse. Empezamos a las 22:59.